



«RESURREXIT TERTIA DIE SECUNDUM SCRIPTURAS»

LEO ELDERS

El dogma de fe del símbolo constantinopolitano referido a la resurrección de Nuestro Señor es uno de los más concisos; pero esta concisión resume a la vez el misterio de la fe, es decir, el cumplimiento de la redención, la culminación escatológica de la creación, así como de la encarnación y el fundamento mismo de la predicación apostólica.

Hasta fecha casi reciente, el contenido tan fecundo de la fe en la resurrección ha sido interpretado de la misma forma por todos los cristianos, incluso por los pertenecientes a comunidades ajenas a la Iglesia católica. Ciertamente, el dogma de fe ha encontrado algunos detractores. El mismo san Pablo tuvo que afrontar este problema al descubrir el rotundo rechazo que los atenienses dispensaban a la cuestión. También san Juan se vio obligado a insistir de forma pertinaz en la realidad física del cuerpo resucitado de Jesús; y los apologistas del siglo II esgrimieron una serie de argumentos para ilustrar la legitimidad de este misterio. Los Padres de la Iglesia, por su parte, tuvieron que sostener, frente a Porfirio y algunos más, la posibilidad misma de la resurrección de los muertos. Pero lo que resulta nuevo es que, primero en la época modernista y más tarde en las últimas décadas, muchos teólogos, considerados como cristianos responsables y devotos, han llegado a ver en la resurrección de Jesús algo muy diferente de la resurrección del cuerpo histórico de Nuestro Señor. En consecuencia, nos vemos obligados a confirmar nuestra fe en este dogma y a tratar de precisar su contenido.

Con esta comunicación intentamos repasar brevemente las teorías de algunos teólogos sobre este punto, teorías que apuntan a una negación o una duda de la resurrección en la identidad del cuerpo histórico de Jesús. A continuación trataremos de desvelar los presupuestos básicos de estas teorías, para concluir, finalmente, demostrando la

necesidad de superarlas. Es preciso añadir también para precisar su naturaleza, que este trabajo no sigue la línea de un estudio exegético, sino la de una metacrítica basada en consideraciones históricas, filosóficas y teológicas.

R. Bultmann y W. Marxen han ejercido una poderosa influencia en numerosos exégetas católicos. Conviene, por tanto, recordar sus respectivas posturas frente al tema que nos ocupa. Según Bultmann, la resurrección debe ser considerada en relación con la cruz, de cuya significación ella es portadora. En sentido literal, el concepto de la Pascua, conforme a la fe de los apóstoles, no es otra cosa que la comprensión del significado de la redención y del kerygma consiguiente. Y es que, desde un punto de vista estricto, Jesús no resucitó: en efecto, un hecho natural tan milagroso como la reanimación de un cadáver resulta increíble. Lo más significativo y real de la resurrección es el nacimiento de la fe de los apóstoles¹. No obstante, Bultmann reconoce que el texto de 1 Cor. 15,1-11 sólo puede ser interpretado como una tentativa de conducir a los lectores hacia la fe por la vía de la realidad histórica de la resurrección².

En contraposición, W. Marxen sostiene que resulta inadmisibile extraer de nuestra experiencia limitada el criterio de lo que ha sucedido. Con todo, su interpretación de la resurrección de Jesús apenas supera las conclusiones a las que Bultmann ha llegado. Según Marxen, los relatos sobre las apariciones carecen de valor a causa de sus divergencias. Su reconstrucción de los hechos es la siguiente: Pedro comienza a creer («*Petrus kam zum Glauben*») en Galilea; el contenido de su fe es que Jesús ha sido confirmado por Dios. Jesús crucificado se halla presente en el kerygma de los apóstoles; de este modo, la causa de Jesús continúa, ya que la fe de Pedro sostiene a la de sus otros discípulos. Los apóstoles «comprenden» ahora lo acontecido a Jesús y lo expresan en forma figurada. De hecho, eligen representar a Jesús como el que vive, pero también podrían haber optado por otra interpretación³.

Marxen señala, con toda razón, ciertas dificultades en lo que respecta a los relatos acerca de las apariciones. Comprueba, en efecto, que los evangelistas mezclaron tradiciones independientes. Pero advertimos que estas discordancias marcan la espontaneidad de las

1. R. BULTMANN, *Kerygma und Mythos. Das Problem der Entmythologisierung der neutestamentlichen Verkündigung*, 1960, t. 1, pp. 1-48.

2. Ver su polémica con K. BARTH, en *Glauben und Verstehen*, I, Tübingen,

3. W. MARXEN, *Die Auferstehung Jesus als historisches und theologisches Problem*, Gütersloh 1965.



narraciones y las alejan del concepto de lo «prefabricado»; de no existir esta base, los evangelistas se habrían afanado por establecer un criterio unificado. También es oportuno recordar que, hasta la fecha, no se ha esgrimido ninguna interpretación de estos relatos que explique tan bien lo narrado como la simple aceptación de la realidad de la resurrección. Por otra parte, en la actualidad existe una solución que tal vez podríamos calificar de «elegante», con respecto a estas discrepancias entre los diferentes relatos: el mensaje de la resurrección se reservaba a la predicación de los apóstoles, quienes vieron con sus propios ojos al Señor resucitado. Esto significa que los diferentes testimonios no fueron fijados en seguida y que poco a poco fueron surgiendo las variantes.

El padre Léon-Dufour ha dedicado buena parte de sus estudios al examen exegético de los textos referidos a la resurrección de Jesús, y ha concluido sus análisis señalando que el historiador puede afirmar, con un alto grado de probabilidad, que las mujeres encontraron vacía la tumba de Jesús. Asimismo, es posible establecer que, para muchos discípulos, el Resucitado es un ser con el que han tenido una experiencia, y que esta experiencia no fue puramente subjetiva, sino que la compartieron con otras personas. No obstante, el exégeta francés no llega a la conclusión de la realidad de la resurrección de Jesús en su cuerpo histórico. Según él, el cuerpo de Cristo se habría descompuesto con gran rapidez y por este motivo, las mujeres no lo encontraron en su tumba. Jesús habría recuperado entonces «su» cuerpo glorificado, como los muertos lo harán un día, después de que sus cuerpos históricos hayan sido absorbidos, mediante un largo proceso de renovación, por otras sustancias⁴. Sin embargo, más adelante, el padre Léon-Dufour renunció a esta teoría.

En un artículo aparecido en el «Standard» del 20 de abril de 1973, monseñor A.-L. Descamps, realiza un examen de las diferentes teorías relativas a la resurrección y distingue tres maneras de justificar las apariciones. a) Explicación clásica: Jesús ha recobrado su cuerpo glorificado y éste es de por sí visible. b) Ha ejercido una influencia misteriosa y milagrosa sobre los discípulos que les ha producido una visión. c) Los relatos sobre las apariciones son una ficción literaria, la interpretación de una experiencia subjetiva. Descamps asegura, en fin, que la resurrección de Jesús significa algo

⁴ 4. X. LÉON-DUFOUR, *Résurrection de Jésus et message pascal*, Paris 1971. Ver también la nota de monseñor Weber en *Doc. Cath.*, 1971, 1130-1133. En este contexto monseñor Weber recuerda la hipótesis de E. Le Roy, quien consideraba que el espíritu de Cristo se había recreado en un cuerpo espiritual.

más que su supervivencia en el mensaje pascual, aunque estima como posible el hecho de que Jesús no se mostrara en un sentido físico⁵.

Consideremos a continuación la opinión del padre R. E. Brown⁶. Este exégeta norteamericano examina algunas teorías y desecha las más radicales. Al analizar el término *ophite* se muestra partidario de reducir su alcance semántico; afirma que no es posible suponer sin más que Pablo, al hablar de su visión, lo hiciese en forma literal, y estima como probable que sólo haya tenido lugar una aparición, la misma, para los doce apóstoles⁷; y concluye que quizás la tumba de Jesús fuera en efecto hallada vacía.

Al repasar las hipótesis del padre Brown, el lector tal vez quede sorprendido por el espíritu crítico y metódico que adopta, pues examina los diferentes temas sin hacer referencia alguna a los dogmas eclesiásticos. Esto plantea un grave problema: ¿Ofrece el método histórico-crítico garantías de acceder, en el sentido que Dios le asignó, al texto inspirado de las Sagradas Escrituras? ¿No constituye, más bien, un instrumento de alcance limitado con respecto a la práctica, más amplia, desarrollada a la luz de la fe de la Iglesia y de la Tradición?

De ese modo llegamos a la teoría expuesta por el reverendo E. Schillebeeckx en el estudio que lleva por título *Tussentijds verhaal over twee Jezusboeken*, publicado en 1978. Según este teólogo holandés, la realidad de la presencia del Resucitado precede históricamente a la elaboración del kerygma pascual. La resurrección constituye en sí un hecho no-empírico; es decir, la fe en la resurrección no puede apoyarse en la base de la tumba vacía como tal, ni tampoco fundarse en eventuales elementos visibles que han podido darse en la experiencia pascual. El reverendo Schillebeeckx se pregunta cuáles son los factores que han intervenido entonces para que los discípulos llegaran a la fe. Se trataría, según él, de un proceso de conversión donde el elemento cognoscitivo jugaría un papel fundamental. La fe en la resurrección no es un producto de la imaginación humana, sino el fruto de una revelación que actúa mediante la intervención de realidades psíquicas: el contenido de los relatos de las apariciones responde, pues, por una parte a una revelación; y, por otra, a la reflexión de los discípulos acerca del Jesús pre-pascual. Por consiguiente, el autor no se suscribe a un puro subjetivismo. La Re-

5. Ver también su nota en la «Revue théologique de Louvain» 6, 1975, 213-223, p. 221.

6. *The Virginal Conception and the Bodily Resurrection*, London 1973.

7. Op. cit. pp. 90 ss.



surrección, en su sentido objetivo, es la mayor presencia del Señor y del Espíritu Santo en el seno de la comunidad de los apóstoles; y, en el aspecto subjetivo, la experiencia de esta presencia renovada. El Nuevo Testamento recurre a las pautas existentes (como por ejemplo los relatos del Antiguo Testamento sobre las apariciones de Dios o de los ángeles) para expresar lo que los discípulos experimentaron. Se trata de una experiencia interior, pero ésta abarcó hasta tal punto su psiqué que repercutió en su sensibilidad, y tal vez se produjera un cierto desbordamiento de su capacidad visual, como si de una visión se tratara.

Descamps resume la teoría del reverendo Schillebeeckx adaptándola en una síntesis argumental aceptada por el propio teólogo holandés. a) Después de la muerte de Jesús existía una experiencia de conversión. A Jesús se le reconoce como al que vive. La fe en la resurrección no es, pues, sólo una interpretación de los hechos pre-pascuales. b) Jesús se identifica con el profeta escatológico de acuerdo con cuatro signos o matrices (el profeta escatológico, la sabiduría personificada, etc.). c) Esto se expresa en los relatos de las apariciones.

Por su parte, el reverendo Schillebeeckx añade que, en ciertas comunidades, la fe en la resurrección existía tal vez desde un principio, mientras que en otras tardó más en aparecer. Además, por el contrario a lo que había escrito en las primeras ediciones de su *Jezus, het verhaal van een levende*, el profesor de Nimègue admite ahora que el testimonio de la tumba vacía difícilmente puede negarse, aunque considera que este hecho tuvo poca importancia.

Debemos apuntar que el reverendo Schillebeeckx ofrece un análisis histórico-crítico de lo que refiere la Biblia sobre la resurrección, prescindiendo de las enseñanzas de la Iglesia. En consecuencia, sus conclusiones no tienen ningún valor en teología dogmática. La objetividad que el autor quiere adoptar resulta de hecho insuficiente: la experiencia del Señor resucitado, que los apóstoles observaron mediante sus propios sentidos, no constituye el motivo formal de su fe en la resurrección; pero, con todo, se trata de un motivo extrínseco que avala, de acuerdo con los planteamientos humanos de la veracidad, el hecho de que Jesús recobrara su cuerpo histórico. Sin esta certidumbre, sin esta relación con el mundo físico, la fe correría el riesgo de no distinguirse de lo puramente subjetivo; los apóstoles no hubieran podido dar cuenta de ella. Asimismo, si nos negamos a admitir la resurrección de Jesús en la identidad de su cuerpo histórico, reduciremos notablemente el misterio de la encarnación y

apenas dejaremos ya espacio para la recapitulación del universo entero en Cristo. Subrayemos que los Padres de la Iglesia, en la controversia surgida a propósito de la resurrección del cuerpo —oponiéndose así al pensamiento de Porfirio— declaraban tajantemente, a pesar de algunos obstáculos, la continuidad entre el cuerpo terrestre y el cuerpo del más allá⁸.

El compendio que acabamos de efectuar muestra cómo muchos autores dudan en admitir la resurrección del cuerpo físico de Jesús, estableciendo una separación entre los relatos de las apariciones y las experiencias visuales.

Una vez alcanzado ese punto, nos enfrentamos con la fe de la Iglesia, que sin lugar a dudas, confirma la resurrección de Jesús en la identidad de su cuerpo histórico, desde entonces glorificado. Del mismo modo sostiene que los apóstoles vieron realmente al Señor y que, por consiguiente, el cuerpo resucitado de Cristo de algún modo es susceptible de incidir sobre nuestros sentidos. Para demostrar la veracidad de lo que afirmamos, basta con leer los innumerables testimonios del magisterio ordinario de la Iglesia⁹; los textos litúrgicos, el testimonio de la Tradición y las homilías de los papas con motivo de la fiesta pascual. Citemos un fragmento del discurso de Pablo VI a los participantes en el Simposium teológico sobre la Resurrección: después de haber subrayado que el Cristo resucitado es otro muy distinto al prepasual y al resto de los hombres, Pablo VI añade: «Sí, el Señor se ha transformado. Vive de modo diferente a como lo hizo hasta entonces. Su existencia presente nos resulta incomprendible. Y, sin embargo, es corporal, contiene a Jesús todo entero..., e, incluso, a través de sus llagas, toda su vida anterior, la suerte que le ha deparado, su pasión y su muerte. No se trata, pues, de la simple supervivencia gloriosa de su yo. Estamos ante una realidad profunda y compleja, de una nueva vida, plenamente humana». Pablo VI recuerda asimismo un texto de Romano Guardini: «Nos basta con la resurrección y la transfiguración para comprender en realidad lo que es el cuerpo humano... De hecho, sólo el cristianismo ha intentado situar al cuerpo en las profundidades más recónditas de Dios»¹⁰. Como advierte Pablo VI, no resulta extraño que tal mis-

8. Ver C. POZO, en *Resurrexit. Actes du symposium international sur la résurrection de Jésus*, Roma 1970, edic. prep. por E. Dhanis, S. J., Vaticano 1974, p. 524.

9. Ver, entre otras, la declaración del Bureau Doctrinal de l'Épiscopat Français, *Doc. Cath.* 1972, 325-326: «No podemos declarar que la resurrección escape totalmente al conocimiento histórico». Compararlo con C. M. MARTINI, «Risurrezione di Cristo», en *La parola di Dio alle origini della Chiesa*, Roma 1980, 327 ss.

10. Para el texto ver *A.A.S.* 62 (1970), 220-224.



terio tan fundamental para nuestra fe, haya suscitado siempre polémicas multiformes. El Papa habla de una gnosis en constante renacimiento que se afana por reducir el misterio a categorías meramente humanas. En la actualidad, vemos cómo esta tendencia manifiesta sus últimas y dramáticas consecuencias. Se da el caso de fieles que se tienen por cristianos, que llegan a negar el valor histórico de los testimonios inspirados, o incluso, en los últimos años, que interpretan de manera puramente mítica, espiritual o moral la resurrección física de Jesús. ¿Qué hay que hacer para no sufrir el efecto disolvente de estas discusiones deletéreas para tantos fieles? Podemos proclamarlo bien alto y sin temor, porque, hoy como ayer, el testimonio de «los once y de sus compañeros es capaz, con la gracia del Espíritu Santo, de suscitar la auténtica fe: «¡Es cierto! El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Pedro»¹¹.

Si nos preguntamos la razón por la que muchos teólogos o exégetas vacilan a la hora de admitir la concepción que tiene la Iglesia de la resurrección, habría que apuntar quizás, al menos en el caso de Bultmann, hacia un racionalismo exagerado. Es posible también que, al menos en los exégetas protestantes alemanes, la concepción luterana de la prioridad del Viernes Santo sobre el día de Pascua haya tenido un papel nada despreciable. En este caso, a menudo se verificará una tácita aversión por lo que se considera una concepción mitológica o folklórica de la resurrección. En otros casos, existe un dualismo latente como consecuencia del desprecio del cuerpo¹². Los que ven al hombre de acuerdo con los parámetros de las ciencias naturales, se inclinarán a considerar la muerte como una descomposición total seguida de una renovación de los elementos. También es probable que, en algunos autores, la teoría epistemológica prevalezca. Esta es la que afirma que el conocimiento humano depende, en gran medida, de la subjetividad y de la situación del hombre. Conforme a esta teoría, la observación pura no existe, y los relatos de las apariciones pierden gran parte de su contenido objetivo.

Del mismo modo, parece que la aplicación exclusiva de los métodos de la *Formgeschichte*, *Redaktionsgeschichte*, etc., corren el ries-

11. *L.c.*

12. El hecho de que la tumba fuera hallada vacía implica que existe una identidad entre el cuerpo histórico de Jesús y su cuerpo glorificado. Sin embargo, muchos autores modernos estiman que la continuidad se encuentra en el Yo de Jesús. Algunos se apoyan en 1 Cor. 15,20 («caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt») para afirmar que lo esencial de la fe en la resurrección no consiste en la idea de que el cuerpo volviera a la vida (cfr. J. RATZINGER, *Einführung in das Christentum*, 291). Ver C. POZO, en *Resurrexit*, 489-520.

go de conducir a los exégetas a considerarlos como absolutos y a perder de vista la riqueza del acontecimiento histórico. Existe también el riesgo importante de que, partiendo de posiciones filosóficas, deriven en la utilización de métodos exegeticos (idealismo, estructuralismo, perspectivismo...), incluso sin que los propios exégetas sean conscientes de ello. Por el contrario, la filosofía del ser y la antropología de Santo Tomás de Aquino constituyen una alternativa muy segura. Para la doctrina hilemorfista, el alma está esencialmente relacionada con el cuerpo, y éste está constituido por ella y es su expresión¹³.

El exégeta debe fundarse, ante todo, en la doctrina de la fe. Citemos a J. Jeremias: «El punto de partida esencial es la fe en la Buena Nueva anunciada por Jesús. Si la aceptamos sin reservas, la resolución al problema de los acontecimientos pascales se resolverá de la forma más simple»¹⁴.

13. Comparar con el estudio de J. Guittou, «Epistémologie de la résurrection. Concepts préalables et programme de recherche», en *Resurrexit*, pp. 108-130, p. 110.

14. J. JEREMIAS, en *Resurrexit*, p. 198.